

ACERCA DE LITERATURA INFANTIL

CLARA LUCIA CALVO CUBILLOS*

Entender hoy en día el término "literatura infantil" es plantear una antigua problemática en las letras universales y ahondar más entre la franja divisoria de literatura para niños y literatura para adultos. Si bien es cierto que sus categorías de creación son diferentes, la búsqueda de un sentido es el mismo, para la vida de un ser que se formará dentro del mundo y para el que está ya inmerso en él.

En general, la historia ha restado importancia al quehacer literario en favor de los niños, considerando de escaso valor, estimularlos creativamente. Pero así, como recibe estímulos en sus relaciones afectivas, debe también recibirlos en sus asociaciones creativas. El amor a los padres, a los hombres, a la naturaleza, a sí mismo, conforman las relaciones afectivas, por medio de las cuales el niño aprende a desarrollar su creatividad. La literatura infantil estaría entonces al servicio de este propósito y sería también la mejor fuente de información sobre la vida: al tiempo que entretiene, informa, y no, asociada con la falsa idea de crear cuentos bobos, premeditados forzosamente a incluir terminaciones en diminutivo, pensando en estar acorde con la altura de los pequeños lectores.

Y es que esta literatura debe ser concebida no sólo como entretención, sino como "Un objeto signo", transmisor de meros conocimientos y portador de claves para comprender la realidad, que preparen al joven para su acomplamiento creativo en el mundo^{1/}, ayudándolo en su instalamiento dentro de una realidad que le informe sobre todo y lo forme internamente para lo suyo, como Elisa Garay ha dicho. Siguiendo pues, el carácter de información y formación inserto en el libro infantil, los elementos de una tradición cultural serán significativamente valiosos incorporarlos, en cuanto que ilustran la historia, las costumbres y todo el producto de la imaginación popular, despertando en el niño el sentido patriótico, nacional, y deseos de perpetuar su cultura. Toda la estimulación que el pequeño reciba debe provenir del mundo en el cual se desarrolla: el ambiente familiar y por consiguiente el escolar:

"En uno y otro caso, existen elementos que definen la literatura infantil como un hecho cultural de características propias, tanto en el aspecto de la creación misma de las obras, cuanto en el acogimiento que los niños les brindan"^{2/}.

Para el niño esta literatura debe permanecer como un libro abierto, que planteando unos interrogantes, responda otros, que al entrar por la gran puerta de la ficción, induzca

*Candiata al Magister. Depto. de Literatura y lingüística. Fac. de Ciencias Sociales. U. Javeriana.

1/ Julio Escoboto. *Literatura infantil y proceso cultural*. (Bogotá: Cerla): 61.

2/ Juan Carlos Merlo. *La literatura infantil y su problemática*. (Buenos Aires: El Ateneo, 1980): 44.

a abrir las demás, que sumergiéndolo en un mundo irreal, lo conduzca al propio; en fin, debe encontrar en ella una fuente de verdad humana y natural, relatada con sencillez y hasta con humildad. Hans Christian Andersen lo expresó así:

“Mi intención es que los niños reciban una enseñanza profunda con mis cuentos, que vendrán a comprender, en realidad cuando sean adultos”^{3/}.

Siendo el cuento en sus primeros tiempos un medio de entretenimiento para aquellos hombres que hasta ahora empezaban a conocer el mundo, “Cuando aún no se conocía la Escritura, se hacían narraciones orales, de ahí la relación entre contar y hablar (fabular: hablar, hablar) porque como no siempre lo contado era lo verdadero, a la par que contaban, fabulaban”^{4/}, lo fue aún más para los niños, quienes lo adoptaron desde el principio como forma de juego. Con él, se crean imágenes, se fantasea, se trasladan a mundos no soñados, a lugares incógnitos, se conocen personajes fantásticos que sobrepasan los límites de la conciencia y se llega a un mundo nuevo, donde la verdadera realidad será aquella construida por él.

El cuento ofrece múltiples posibilidades en el desarrollo lúdico del niño, ya sea expresado de manera oral o escrita. Por ser una forma sencilla y corta de relatar ideas, sentimientos o emociones, es fácilmente asimilable; suscita imágenes y relaciones, fantasías nuevas o adquiridas anteriormente, pero que por siempre aunque sea adulto, lo harán soñar.

El escritor de cuentos para niños debe llegar a sentirse como un pequeño, conocer sus gustos y también aquello que no prefiere, pero ante todo, desbordar mucha imaginación y fantasía para sobrepasar la que el niño tiene. En América, los cuentos populares han tenido predilección sobre los cuentos europeos, porque son extraídos de la imaginación de la gente del pueblo y su difusión ha sido hacia todos los niveles de la sociedad, mientras que los otros hacen parte de las bibliotecas de algunas minorías. Sin embargo, los cuentos de hadas europeos, a pesar de todo lo auténticos que queramos ser, satisfacen plenamente al niño, porque es la forma de fortalecer la psiquis, robusteciendo la imaginación y donde realidad y sueño logran equilibrarse plenamente, ha dicho Jesualdo, crítico y analista de textos y cuentos para niños. Estos cuentos como los gestados por el pueblo llevan implícito mensajes didáctico-moralizantes, por medio de los cuales el niño asume patrones de conducta que lo formatizan. Estos patrones de conducta, conocidos en casi todo el globo terráqueo y más tarde convertidos en mitos infantiles, son Pinocho, Caperucita Roja, Hansel y Gretel, El Principito, provenientes de Europa y los que ahora se están produciendo en “Nuestra América”, Zoro, Rin Rin Renacuajo o Simón el bobito. En cada uno de los cuentos existen dos planos de comportamiento: el bueno y el malo. El bueno está encarnado por hadas, magos, plantas y animales de apariencia benévola y justa. Por el contrario, lo malo, es necesariamente lo grotesco: brujas y gente mala, desagradables y con poderes mágicos superiores al de los buenos. Entre los bandos opuestos surgen héroes que ponen a funcionar sus capacidades para destruir la maldad en

3/ Ketty Cuello de Lizarazo. “De Aracataca a Ondense”. (Revista *Carrusel del Tiempo*, Bogotá, viernes 22 de oct. - 1982): 13.

4/ Dora Pastoriza de Etchebarne. *El cuento en la literatura infantil*. (Buenos Aires: Kapeluz, 1962): 16.

todas sus formas, imaginando otra vez la fantasía del Paraíso, con el reino eterno de lo bueno y lo justo.

Tanto en Colombia como en el resto de América Hispana la literatura infantil ha sido escasa y sólo se puede hablar de ella en los umbrales del siglo XX. Las Crónicas de Indias y la lírica popular tuvo deleite para los niños, por los argumentos fantásticos que contaban y la herencia española de decires, cantares, coplas y adivinanzas. Mientras la mayoría de los hombres se entregaban a la acción emancipadora, unos pocos, que aparecían como espectadores escépticos, pero ricos en información, cultivaban la fábula, como género literario; producían fábulas construyéndolas al viejo estilo de moralización, porque con gracia y con ingenio ponían en boca de los animales, las cosas locales, los problemas ideológicos del momento. Esta fue la literatura más próxima a la infancia, producida por don Andrés Bello y Núñez de Cáceres, entre otros. Luego se adoptó la costumbre inglesa de hacer literatura infantil en cualquier parte de los periódicos como en "El duende" de Santo Domingo, "Papel periódico de la Habana", o "La edad de oro", cuyo autor y redactor fue José Martí. En el siglo XIX tuvo auge la literatura folklórica que exaltaba el paisaje y la naturaleza. Sin embargo, surgieron autores colombianos que expresaron su amor a los niños construyendo cuentos para ellos: Rafael Pombo, Tomás Carrasquilla, Rafael Jaramillo Arango y Alfonso Bonilla-Naar. Pero fueron islas dentro del gran espacio literario. La empresa privada decidió entonces auspiciar concursos de cuentos infantiles y se creó, por ejemplo, el concurso Enka de amplia difusión. Sobresalen por su dedicación y entusiasmo, Jairo Aníbal Niño y Celso Román. Jairo Aníbal es un escritor del tema infantil, que desde otro punto del territorio y bajo otros parámetros para ver la vida, realiza la labor encomiosa de organizar y establecer un género que parece caprichosamente inaccesible. Resalta nuestras riquezas, nuestros valores nacionales, el paisaje de la selva y el llano, los hombres sencillos del pueblo y nos da una visión más auténtica de la vida. A partir de él, y con los recientes escritores jóvenes, dedicados a este tema, se puede conformar una base segura para la historiografía literaria infantil.

5/ Ibid. pág. 5.